

---

**Vigen GUROAIN**, *The Orthodox Reality. Culture, Theology, and Ethics in the Modern World*, Grand Rapids: Baker Academic, 2018, 203 pp., 16 x 24, ISBN 978-0-8010-9934-2.

El autor –de origen armenio– ha sido profesor de cristianismo ortodoxo y estudios religiosos en la Universidad de Virginia, y es autor de numerosos libros como *Incarnate Love: Essays in Orthodox Ethics* y *The Melody of Faith: Theology in an Orthodox Key*. Pretende elaborar una teología ortodoxa «americana», muy alejada de las disputas de tipo histórico y jurisdiccional que pueden protagonizar las distintas Iglesias y Patriarcados en otras latitudes. Como bien explica el autor, en los Estados Unidos lo importante es ser ortodoxo y no tanto los orígenes étnicos serbios, griegos o rusos. Esta circunstancia ofrece una amplitud que no siempre se encuentra en otras latitudes de esta interesantísima teología. Entre sus influencias, declara las de autores del seminario neoyorkino de San Vladimir como Alexander Schmemmann, Vladimir Lossky y Aristotle Papanicolaou, junto con los filósofos de origen ortodoxo Nicolás Berdiaev y Christos Yannaras, así como otros teólogos estadounidenses de origen protestante con quienes dialoga como Yoder y Hauerwas.

Al mismo tiempo, el teólogo estadounidense hace gala de su propia sensibilidad hacia todo lo occidental, contra quien no encontramos especiales críticas. El presente desarrollo contiene una serie de temas, desarrollados con gran libertad. En primer lugar aborda, en las pp. 3-37, las relaciones entre cultura y religión a propósito de la conversión de Constantino al cristianismo. Entiende a ambas como creaciones humanas que se mantienen íntimamente unidas, hasta el punto de depender la una de la otra. Aquí apela a otros teólogos de diferentes confesiones, como Reinhold Niebuhr o Robert Louis Wilken, quienes entienden la religión como configuradora de culturas, comunidades y sociedades. Así, por ejemplo, la conversión no sería solo un fenómeno individual sino también comunitario. Las numerosas sagas de origen ortodoxo y los relatos hagiográficos –frecuentes en esas latitudes– mostrarían que la pertenencia a la Iglesia no consiste tan solo en individuos renacidos por el bautismo. Según Guroain, por el contrario, el individualismo, el utilitarismo y el relativismo moral de cuño americano irían precisamente en dirección contraria.

Además, advierte el autor una serie de prejuicios sobre la historia de la Iglesia oriental, que sitúa en los desarrollos del primer método histórico-crítico. Por otra parte, el teólogo de origen armenio detecta una eclesiología muy

distinta a los correspondientes presupuestos protestantes, por lo que advierte encontrarse en las antípodas respecto a teólogos de estas denominaciones congregacionalistas. Para Goroain, el problema sobre la Iglesia sigue siendo crucial, incluso a la hora de abordar temas de naturaleza ética. «La búsqueda en la verdad religiosa –escribe– e identidad pasa necesariamente por el pluralismo y la secularidad, por un lado y por la naturaleza de la unidad de la Iglesia, por otro» (p. XIX). Junto a todo esto, la teología litúrgica no solo sobrevuela estas páginas, sino que también fundamenta algunas de sus afirmaciones, por ejemplo en lo que se refiere a la sacramentalidad del matrimonio y el carácter irrevocable y definitivo de este (en este sentido, curiosamente, no figura en estas páginas ninguna referencia al divorcio). A su vez, en esta teología litúrgica aparece desarrollada su relación con el reino escatológico de Dios, que le da un carácter más profético que sociológico.

Este carácter contracultural aflora también en su interpretación del constantinismo como una oportunidad para configurar cristianamente la sociedad del momento (pp. 23-38). Existe claramente una teología política bizantina, fundamentada en la cristología de los primeros concilios y que lleva a un protagonismo clave de la religión en la vida social, que el autor pone en relación con la situación estadounidense. Sin embargo, media la noción de libertad religiosa, más propio de la cultura occidental y que en ocasiones –en opinión de Goroian– se manifiesta como antieclesial. Por eso, lejos de una identificación entre poder político y espiritual, nuestro autor propone una cierta colaboración que evite el posible secularismo que se da con frecuencia en culturas occidentales (cfr. pp. 39-65). Basado en la cristología calcedoniana y en la doctrina bizantina de la *symphonia*, el teólogo estadounidense reclama fundamentar esta doctrina en la eclesiología eucarística de comunión, si bien dejando de lado la dimensión universal (cfr. pp. 67-79). Aquí aparecen de nuevo las mencionadas dimensiones escatológica, litúrgica y eucarística.

De esta forma, la aportación de las Iglesias ortodoxas en Estados Unidos ha de ser verdaderamente teológica, y no simplemente sociológica o política. Todas estas cuestiones plantean pues un horizonte ecuménico. En este sentido, el capítulo titulado «La agonía de la eclesiología ortodoxa» (pp. 81-91) vuelve a insistir en el déficit eclesiológico que detecta en la praxis de las Iglesias ortodoxas en América del Norte. Esta situación supone, en su opinión, una clara carencia en el servicio que han de prestar al país. En este sentido, la fragmentación eclesial propia del cristianismo americano supone un reto para las Iglesias que proponen una sucesión apostólica de tipo histórico con una

fundamentación ontológico-sacramental. En este sentido, propone también como modelo las buenas relaciones entre la Iglesia católico-romana y el Patriarcado de Constantinopla.

Aborda de igual modo el problema del primado petrino, aunque curiosamente no menciona el Documento de Ravena (2007ss.). Queda por tanto pendiente de estudiar el primado de jurisdicción del *protos* entre los sucesores de los apóstoles, que Guroian entiende de un modo más simbólico que jurídico, tal como suele ser frecuente en los desarrollos ortodoxos. El primado en la caridad del sucesor de Pedro –concluye– ha de ser sin embargo objeto de discusión en las conversaciones teológicas tras la propuesta realizada en la encíclica *Ut unum sint* (1998). En esta línea, el autor recuerda las relaciones de la Iglesia ortodoxa armenia con la Iglesia católica, sobre todo en lo referido a la Declaración conjunta sobre cristología firmada por Karekín I y san Juan Pablo II, que es presentado como un buen precedente para la plena comunión entre ambas Iglesias. Resulta de igual manera bonito ver el análisis realizado sobre los himnos dedicados a san Pedro dentro de la tradición armenia (cfr. pp. 91-106).

Sobre la familia y el matrimonio, declara el teólogo ortodoxo que constituye este un claro punto de encuentro con la doctrina católica, sobre todo tras los avatares (también eclesiales) acerca del reconocimiento de matrimonio entre personas del mismo sexo. Al matrimonio lo llama *Incarnate Love* y le dedica los cuatro últimos capítulos (pp. 107-177). La fundamentación vuelve a ser teológica (trinitaria, cristológica y eclesiológica), litúrgica, sacramental y profundamente bíblica, por lo que no encuentra justificación alguna para los mencionados desarrollos contemporáneos. En la teología del matrimonio emergen, sin embargo, las diferencias no solo con la doctrina protestante, sino también con la católica, al alejarse de la teología de la alianza. La fundamentación quedaría pues, sobre todo, como sacramental. Considera a su vez, sin embargo, estas circunstancias favorables para que las Iglesias realicen una profunda catequesis sobre la realidad matrimonial. Guroian se basa aquí, sobre todo, en las enseñanzas de san Juan Crisóstomo, pero no aborda de modo directo los problemas planteados en la actualidad, si bien al final se remite a autores como Newman y Mc Donald. En fin, estos estudios de la «última tribu del cristianismo» en América resultan por tanto ilustrativos y apasionantes, y ofrecen interesantes pistas a la teología ecuménica.

Pablo BLANCO

---

# RESEÑAS

